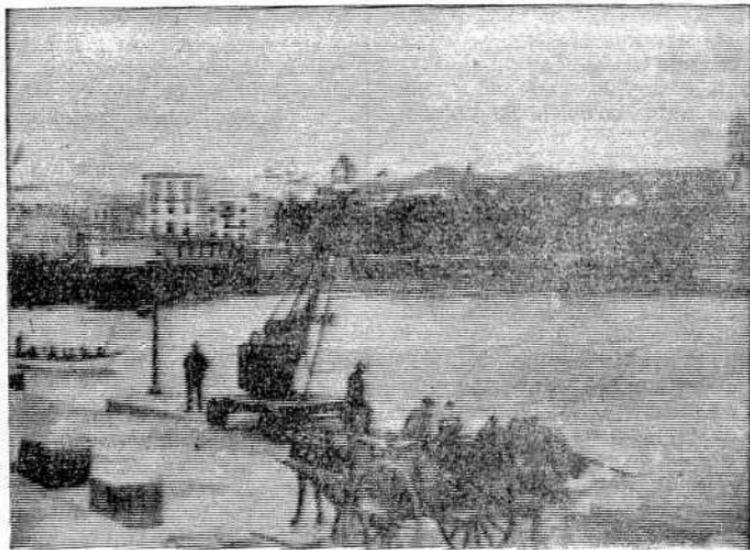


# PEQUEÑA CRÓNICA DE SANTACRUZ

Por Juan Antonio  
Padrón Albornoz

## De "bufandas" y "muchas plumas"



El viejo desembarcadero de "la marquesina" que, con su clásico pescante, era el punto de reunión y embarque de las cuadrillas del carbón.

Un viejo amigo me confesó que, hace unos días, a la vista del "Demodocus" atracado en el muelle Sur, volvió mentalmente a sus años niños. A aquellos años de poco muelle y muchos barcos, que tan lejos nos parecen ya.

Con palabras y recuerdos vivió mi amigo—mi viejo amigo—tiempos idos que, aureolados por la añoranza y la nostalgia, tomaban claridades de sueño infantil.

La vida nueva en nuevos años no ha logrado hacer palidecer en él los lienzos del recuerdo y el canto presente, palpitante, tiene ecos vivos del sueño lejano.

Volvimos al Santa Cruz en que, base carbonera por excelencia, recalaban lentos "tramps" y finos y rápidos trasatlánticos que llegaban para, todos, rellenar sus exhaustas carboneras. Llegaban al Santa Cruz que se adornaba con la insuperable gracia marinera de altos masteleros, aparejos de cruz y blancas lonas repletas de viento y luz.

El brazo protector del entonces incipiente muelle Sur daba cobijo a un cada vez mayor número de negras y panzudas gabarras carboneras. Junto a ellas, las siempre dispuestas aljibes—"Dorotea", "Tulsa", "Alicia", etc.—de altas y delgadas chimeneas coronadas por eterno penacho de humo y escapes de vapor de los "mambrús".

La atalaya del castillo de San Cristóbal anunciaba de continuo, a golpes de bronce sonoro, la aparición en el horizonte de un nuevo vapor. El repique iba seguido del enarbolar de roja bandera en el penol de la verga que miraba al Sur, si era aquel el punto por donde se le divisaba—de "abajo" que se decía y aún se dice—, o por el Norte, de "arriba", si era tras de Anaga por donde delataba su presencia la recta, negra columna de humo denso del buen Cardiff.

Eran entonces los años anteriores a la radiotelegrafía y, apenas tomado práctico el recién llegado, cuando aún maniobraba en el "avante poca" de las entradas y preta al fondeadero, dejaba oír el ronco bramido de la sirena para, según un preestablecido código de pitadas largas y cortas, indicar a qué "casa" consignaba.

Tras corta pausa, seguida con ansiedad por los equipos de carboneo desde la calle de la Marina y embarcadero de la "marquesina", dejaba oír de nuevo la sirena su ronca voz para indicar las necesidades de carbón a razón de una pitada larga por cada centenar de toneladas.

Luego, con otras más cortas, el recién llegado precisaba el agua que necesitaba. Y rápidamente se alistaban las gabarras que pronto partían, seguidas de las aljibes que por sus grotescas chimeneas lanzaban torrentes de humo negro y rubricaban el horizonte. Se afanaban los remolcadores—"Teide", "Santa Cruz", "Tenerife", "Cory", "Salamanca", etc.—y en tennes nubes de negro polvillo se recataba el recién llegado.

Terminada la faena, dura faena, volvían gabarras y aljibes a sus fondeaderos mientras, con sus carboneras y tanques repletos, levaba y ponía rumbo a su destino el barco que, horas antes, había dado fondo en la acogedora bahía de Santa Cruz.

Famosa era la capacidad de trabajo de aquellos hombres que formaban las cuadrillas de carboneo. Verdaderos especialistas en su dura tarea, llegaron en cierta ocasión a suministrar cantidad superior a las 2.000 toneladas a diez barcos en corto espacio de horas. En sólo mediodía, el viejo "Guadalquivir" cargó 2.500 toneladas y, en igual tiempo, el "Matina" relleno sus "side bunkers", descargo ochenta toneladas de general y tomó a su bordo 80.000 cestos de fruta. Y para las duras faenas del carboneo—efectuadas en mar abierto, con el barco aproado al viento y tiempo reinante—no se contaba sino con fuerza de músculos, simples palas y sacos de lona.

Santa Cruz vivía—lo hace aún—en plena identificación con su puerto. Y a tal llegó la compenetración que, poco a poco, un nuevo pintoresco vocabulario se introdujo en su habla para, con él, designar, con esa gracia "chicharrera", fina y acertada, a las unidades de las más destacadas navieras que entonces por aquí recalaban.

Los años han pasado y muchas de tales compañías navieras han desaparecido. Sin embargo, en Santa Cruz aún se recuerda a los "burras mansas", "lirios", "cristos", "blancas", "moros", "verdinos", "colorados", "alemanes de la pólvora", "mamarias", "campiones", "gatos" y tantos y tantos más, todos marcados por la gracia, indiscutible, de un sobrenombre adecuado.

El "Demodocus" recordaba a mi amigo los "bufandas", aquellos grandes mercantes de alta chimenea y descomunal "mambrú" que, propiedad de la The Blue Funnel Line, la pro-

de un Blue  
Funnel

mamarias, cambrones, gatos y tantos y tantos más, todos marcados por la gracia, indiscutible, de un sobrenombre adecuado.

El "Demodocus" recordaba a mi amigo los "bufandas", aquellos grandes mercantes de alta chimenea y descomunal "mambrú" que, propiedad de la The Blue Funnel Line, la pronunciación de este nombre inglés dio lugar al más en consonancia con la fonética española. Y "bufandas" fueron—lo son aún aquí—los barcos de la naviera que, fundada por Mr. Alfred Holten en 1865, hicieron—hasta la apertura de Suez—la línea de Australia y Extremo Oriente por nuestro puerto. Luego, cuando se inició otro nuevo servicio a Ciudad del Cabo, por aquí volvieron, siempre a la consignación de Bruce, Hamilton, con aquellos sus palos descomunales erizados de plumas que tenían la característica de que el amantillo era fijo. Y esto hizo que aquellos mercantes, con las plumas permanentemente izadas, recibieran, además, otro sobrenombre, el de "muchas plumas" en esta ocasión.

Todo esto es parte hoy de un pasado cuya evocación nos traslada a una visión marinera de varias décadas atrás: altas chimeneas en caída, palos sin el adorno de antenas de la radio, popas guarnecidas de relieves enmarcando nombre y matrícula. Y todo ello envuelto en atmósfera de polvillo y rebrillar negro del carbón que, por las planchas, resbalaba desde los "colliers" que lucían a popa las matrículas de Swansea, Hull o Cardiff.

Hoy pesa y duele el corazón de mi amigo. Ha muchos años que, caminante viejo, asiste a la diaria y siempre nueva estampada del puerto. Mientras, y también como siempre, en el desembarcadero del muelle Sur, en aquella vieja y siempre nueva "marquesina", plena de recuerdos e historia de Santa Cruz, el mar canta, hierve y ríe.

Un "bufanda"—o "muchas plumas", si se quiere—ha vuelto a nuestras aguas después de cuarenta y un años de ausencia. El último que aquí llegó fue el "Ulysses" que, al mando del capitán R.D. Owen—comodoro de la The Blue Funnel—procedía de Australia con un cargamento de cereales para el comercio de la plaza. [Unos meses antes había llegado el "Ascanius" y, hasta hace unos días, ningún otro había dado fondo en las aguas del puerto santacrucero. Estos dos, con el "Demodocus", marcan con sus nombres sendas etapas en la pequeña, y por paradoja grande, historia del puerto de Santa Cruz, del puerto de Tenerife.]

No